

# Un peligroso comunista

Ocurrió durante un viaje oficial de Palme por Centroamérica — en el que yo iba como traductor e intérprete— en la biblioteca de la embajada de Suecia en México. Allí nos habíamos retirado a preparar el discurso de apertura de la Semana de Cine Sueco que iba a pronunciar el mandatario sueco. Y, como de costumbre, Palme fue directamente al grano: “¿Qué te parece el discurso, Paco?” “Bien”. “No te gusta”. “Me gusta”, insistí. “Pero...?”, añadió. “Falta algo...” dije. “¿Qué?”. “Mencionar a Artur Lundkvist — su trabajo en Suecia en favor de la literatura mexicana.” “Pero es que Lundkvist me odia”. “No, simplemente lo indignó que lo llamasen comunista, sabiendo que no lo era”. “Pero Paco, estábamos a punto de perder las elecciones”. Me lo dijo como si la posibilidad de la pérdida del poder justificase cualquier conducta de un político.

Una brevísima pausa y: “Bien, pon lo que quieras” concluyó.

Bastó con cambiar “En Suecia apreciamos a los grandes escritores: Paz, Fuentes...” por “En Suecia un gran escritor, Artur Lundkvist, nos ha enseñado a apreciar...” Un texto mucho más acorde con la realidad.

Y mientras yo añadía la frase al discurso, le preguntó a Pierre Schori, su viceministro de Exteriores y su mano derecha latinoamericana: “¿Cómo va a saber él que lo he mencionado?”. “No te preocupes, hay línea directa”, fue la respuesta.

En el avión que nos llevaba a Managua, Palme siguió hablando de Artur Lundkvist. “Paco, el libro de Artur sobre la India es lo que más ha influido en mi manera de ver el Tercer Mundo. ( Y como para sí mismo...). Lo crea él o no”.

Lo que había ocurrido es que Lundkvist, poco después de que lo hiciese Lars Gyllensten, había escrito un artículo crítico con la política socialdemócrata en 1976, año en que Palme se estaba dando cuenta de que, tras los escándalos de Astrid Lindgren e Ingmar Bergman, estaba perdiendo el apoyo de los intelectuales.

Este es el artículo de Lundkvist que provocó la irritación de Palme.

## Un chillido de ratón en medio de la tempestad

¿Se puede permitir un escritor participar en el debate sobre la energía nuclear? Lars Gyllensten lo ha hecho recientemente con firmes y sólidos argumentos, pero es que también se trata en parte de un hombre de ciencia. ¿Qué otra cosa puede hacer al respecto, sino invocar pura y llanamente su libertad de expresión, quien no puede aportar nuevos argumentos a la disputa entre expertos? Pero quizá pueda ser suficiente por tratarse de una cuestión de incalculable alcance. A fin de cuentas no dejará de ser sino un tímido chillido de ratón en medio de la tempestad.

Renuncio a tomar cualquier postura político-partidista ante la cuestión de la energía nuclear. Además es prácticamente imposible, ya que las líneas de separación dividen a todos los partidos o coaliciones posibles. Me parece que en este relevante asunto, como en tantos otros, no funciona simplemente el sistema de partidos políticos, y los deseos reales de los electores se quedan en la cuneta. La situación es tal que me siento despojado de mi derecho de voto, y me atrevo creer que son muchos los que sienten lo mismo.

Entonces ¿qué podemos hacer? ¿No votar? En ese caso delegamos la

decisión en otros. ¿Protestar? Sí, con tal de que existan posibilidades razonables de hacerse oír. ¿Exigir un referéndum? Pero, de hacerlo, los partidarios de la energía nuclear cuentan con inmensos medios de propaganda, y es probable que tergiversen la auténtica voluntad de la mayoría. Por lo demás, el resultado de un referéndum no se considera vinculante, sino solamente consultivo y puede ser ignorado.

Con eso se enfrenta uno a la pregunta de si no habremos llegado realmente a una situación en la que el sistema democrático ha degenerado en una forma de dictadura velada: la dictadura de las autocomplacientes constelaciones del poder político, ejercida mediante decisiones tomadas a espaldas del pueblo, mediante manipulaciones publicitarias y de cualquier especie. Eso la hace más escurridiza, y más difícil de combatir, en ciertos aspectos, que una dictadura a secas. Una democracia, que sololo es de nombre y apariencia, es algo sumamente peligroso y arriesgado.

Los políticos hablan de buena gana de su responsabilidad. ¿Pero en qué consiste la responsabilidad que asumen tan ostentosamente? Nadie puede asumir realmente la responsabilidad en cuestiones tan espinosas y funestas como la utilización de la energía nuclear ni, sobre todo, ante la progresiva transformación de la sociedad y del mundo entero. Si el político fracasa en uno u otro sentido, da un paso atrás y desaparece en silencio. Y si su gestión ha conducido a vertiginosas pérdidas económicas o a la catástrofe sin paliativos, no se le hace normalmente responsable. ¿Y de qué serviría, aunque tuviera que pagar con su vida las consecuencias de su política? Lo hecho, hecho está.

A los políticos se les llena la boca prometiendo constantemente seguridad a todos, a jóvenes y viejos, ahora y en adelante. Pero ¿qué valor puede tener esta seguridad cuando se basa en las aventuras más arriesgadas, cuando se mueve con ilusiones a muy corto plazo en un mundo fundamentalmente mal orientado? Ciertas confesiones religiosas suelen añadir a las promesas la coletilla de “si Dios quiere”. Los políticos deberían ser igualmente prudentes y añadir “si el mundo aún existe”. ¿Pero acaso está presente ese comedimiento a modo de obviedad sobreentendida?

Tal como están las cosas, los políticos corren el gran peligro de perder la confianza de la gente. Son demasiado demagogos y mendaces (seguro que en parte inconscientemente), se les nota demasiado ávidos de obtener su parcela de poder y menos preocupados por el modo de utilizarlo. A su descrédito contribuye la fuerte disciplina de partido que, a la larga, impide discrepancias individuales entre los diputados electos y los convierte más o menos en títeres de la dirección del partido.

¿Podría uno imaginarse que individuos particulares, responsables directos ante sus electores, se presentarían a elección e hicieran saltar por los aires de ese modo las ataduras de partido? ¿No podría funcionar una representación popular así, sin caer en parálisis ni en absurdas disensiones? ¿Qué mejor alternativa hay?

¿Ha de ser la política necesariamente a corto plazo y carecer de conciencia ante sus consecuencias? ¿No hay otras instancias, aparte de los partidos, ni más personas, aparte de los políticos profesionales, que posean mayor amplitud de miras, perspectivas de más largo alcance, sensibilidad más fina ante lo que se mueve bajo la superficie del acontecer? Estoy bastante convencido de que las hay, tanto entre la gente más especializada como entre los ciudadanos de a pie, con tal que puedan ejercer una influencia razonable en lo que acontece.

No hay duda de que la política debe verse como un sacrificadero

donde incluso los mejores quedan triturados, anestesiados, y pierden sensibilidad, fantasía y visión. Por ello, es mucho más deseable que las cargas se repartan, que se consiga mayor movilidad y que se satisfagan los auténticos intereses y necesidades de la población. No considero necesidades auténticas a las creadas con todo tipo de medios tan seductores como fraudulentos, sino a las que son fundamentales y duraderas, a menudo apenas intuitas medio conscientemente, o ni siquiera eso, pero que, con todo, ahí están, latentes.

Es una desgracia que tantos hombres estén atados a sus empleos, a sus medios de sustento y lealtades, de modo que se vean impedidos de expresar abiertamente su opinión o actuar de manera que para ellos suponga un riesgo. Eso hace que sean demasiados los que se den por satisfechos y dejen el campo libre a la rutina o al desdén político.

No puedo entender de qué están hechos los hombres que afirman ser optimistas y se sienten esperanzados ante el rumbo que ha tomado el mundo. Todos los signos apuntan más bien a un rumbo de colisión cada vez más inevitable entre tecnología y naturaleza, entre mecanización y humanidad. Concentraciones de poder con enormes medios de destrucción, amenazan a la vez con conflictos, en parte entre ellos, en parte con la creciente avalancha de pueblos empobrecidos.

No es ciertamente una aventura para enorgullecerse esta en la que estamos inmersos, ni tampoco una incursión heroica hacia un brillante porvenir. Es más bien una carrera ciega hacia la hecatombe. Debería quedar claro a todos. ¿Pero les queda claro a los políticos en general? Si es así, no se nota absolutamente nada. No me queda sino decir que es indefendible cerrar los ojos y confiar. Nuestro deber es más bien espantarnos y enfrentar el “desarrollo” en marcha con la mayor desconfianza.

Los peligros directos de la energía nuclear no son el único argumento en contra. Parece que son aún mayores

los riesgos de radiación de los residuos acumulados. Ni la perforación en roca ni el hundimiento en el fondo del mar podrían evitar a la larga una catástrofe, en especial donde son frecuentes los temblores de tierra y la radiación puede extenderse rápidamente por el agua. A ello se añade la posibilidad, casi al alcance de cualquiera, desde ligas de gánsteres hasta elementos subversivos nihilistas, de fabricar bombas atómicas. Chantajes a inmensa escala, mediante amenazas de aniquilación de ciudades o regiones enteras, no debieran hacerse esperar.

No menos espantoso me parece el tipo de sociedad que implica e impulsa la energía nuclear. No puede sino llevarnos a una combinación de tecnocracia y poder policial, mientras la parte rica del mundo no sólo continúa, sino que acelera sin pausa la explotación abusiva de los recursos. Va a ser un juego de azar donde el hombre, antes o después, tiene que sucumbir frente a la naturaleza, frente a la Tierra que nos ha sido dada. Por lo que me toca, estoy convencido de que el restablecimiento del equilibrio ecológico perdido es lo que decidirá nuestra supervivencia.

Tampoco es que yo considere deseable, o posible a medio plazo, una sociedad de consumo desmedido, sino una sociedad más sostenible y ahorradora, donde la auténtica cultura compense el progreso técnico y pueda ofrecer al hombre una vida con honda satisfacción, así como un marco de seguridad que, por ahora, sólo es un huero eslogan publicitario. De existir una reflexión sensata, incluso podríamos desmantelar el uso de toda forma de fisión atómica, tanto para fines pacíficos como bélicos. El átomo aparece ahora como un demonio tempranamente despertado que la humanidad está aún muy lejos de poder manejar con madurez y convertirlo en ángel de la paz. No parece que exista en la tierra ningún atajo que conduzca al paraíso, sino sólo al infierno. Queda poco tiempo para darle la vuelta.

Traducción: Juan Capel